

ESCUELA SABÁTICA | LOS TRES MENSAJES CÓSMICOS

LECCIÓN 06: LA HORA DE SU JUICIO

El juicio investigador trae consigo buenas nuevas, pues a través de este proceso el Señor nos purifica y absuelve. No hay por qué temer al juicio, pues “al vivir en Cristo, nuestro amor se perfecciona cada vez más, de tal manera que en el día del juicio no nos sentiremos avergonzados ni apenados” (1 Juan 4:17, NBV). Ya hemos notado en entregas anteriores, que el anuncio “la hora de su juicio ha llegado” (Apocalipsis 14:7) hace referencia a un juicio previo al segundo advenimiento de Cristo. La icónica profecía contenida en Daniel 8:14 nos muestra que la purificación del santuario se inició en el año 1844. Fue en esa ocasión cuando “el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:10). La pregunta es: ¿cómo llegamos a esa fecha?

Luego de la obra sacrílega del cuerno pequeño, que representa a Roma papal, el profeta Daniel escucha un diálogo angélico que gira en torno a la purificación del santuario: “Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio, y la prevaricación asoladora entregando el santuario y el ejército para ser pisoteados? Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:13-14). Para comprender el significado de este pasaje es necesario que consideremos los siguientes puntos:

(1) LAS 2300 TARDES Y MAÑANAS REPRESENTAN UN PERÍODO PROFÉTICO QUE LLEGA HASTA EL FIN DEL TIEMPO. La pregunta “¿Hasta cuándo durará la visión...?” (Daniel 8:13) nos muestra claramente que este período abarca todo el contenido de la visión del capítulo 8. Esto significa que las 2300 tardes y mañanas deben iniciarse durante la hegemonía del Imperio medo-persa, y extenderse a lo largo del Imperio griego y las dos fases de Roma (imperial y papal). Es decir, estamos hablando de un período cuya duración es de miles de años. De hecho, el ángel Gabriel le declaró al profeta que “la visión de las tardes y mañanas que se ha referido es verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días” (Daniel 8:26). Estos detalles nos dan la pauta para aplicar el principio hermenéutico de día por año (Números 14:34; Ezequiel 4:6) a este lapso de tiempo. Convirtiendo así las 2300 tardes y mañanas en un período de 2300 años. El capítulo 8 de Daniel no brinda ninguna información que nos permita calcular el inicio y finalización de los 2300 años, pero Daniel 9:23-27 sí nos ofrece detalles vitales al respecto. Iremos a ellos más adelante.

(2) EL SANTUARIO A SER PURIFICADO ES EL SANTUARIO CELESTIAL. La profecía señala que la purificación del santuario sucederá al final de los 2300 años. Esto excede al tiempo en que estuvo funcionando el santuario judío, el cual fue destruido en el año 70 D.C. por los ejércitos romanos de Tito el Grande. Teniendo en cuenta que la purificación del santuario que se menciona en Daniel 8:14 corresponde a la escena del juicio descrita en Daniel 7:9-14, y dado que ese juicio tiene lugar en el cielo, deducimos entonces que el

santuario a purificarse debe ser “aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:2). Pero ¿Por qué razón este santuario tenía que ser purificado? ¿Es posible que algo que está en el cielo necesite limpieza? El santuario terrenal era “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5). Es decir, su diseño está basado en su contraparte celestial. Cada día los israelitas llevaban sus sacrificios al santuario, donde recibían el perdón, transfiriendo así los pecados a dicho recinto. Como resultado, el santuario se contaminaba. Por lo tanto, se necesitaba un proceso periódico de purificación para limpiarlo de los pecados que habían sido registrados en él. Este proceso tenía lugar una vez al año y se le llamaba “día de la expiación”. El apóstol Pablo nos dice que “fue... necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos” (Hebreos 9:23). Cómo verás, hay una correspondencia estructural y funcional entre el santuario terrenal y el celestial. Esto indica que al igual que el santuario terrenal, el celestial también necesita purificación, ya que los pecados confesados por los creyentes son registrados en él. Elena de White explica este asunto de la siguiente manera: “Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran puestos por fe sobre la víctima ofrecida, y por la sangre de esta se transferían figurativamente al santuario terrenal, así también, en el nuevo pacto, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo, y transferidos, de hecho, al santuario celestial. Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba quitando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando o borrando los pecados registrados en el cielo... Así que los que andaban en la luz de la palabra profética vieron que... al fin de los 2300 días, en 1844, Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial para cumplir la obra final de la expiación preparatoria para su venida” (*El conflicto de los siglos*, 415-416).

Tras leer la visión de Daniel 8 podemos notar que todos los símbolos que aparecen son explicados detalladamente al profeta (carnero, macho cabrío, cuerno pequeño), a excepción de las “2300 tardes y mañanas” (Daniel 8:14). La interpretación de este elemento de la visión no es dada por el arcángel Gabriel hasta el capítulo 9, e inicia así: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad” (Daniel 9:24). La palabra “determinadas”, en el original hebreo es “chatak”, cuya raíz primaria, según la concordancia Strong, es “cortar” o “separar”. Esto significa que las 70 semanas de Daniel 9 deben ser cortadas del período profético anterior; es decir, de las 2300 tardes y mañanas de Daniel 8. “Además, faltando pruebas contrarias, puede deducirse que las 70 semanas serían cortadas a partir del comienzo de ese período” (*4 Comentario bíblico adventista*, 877).

Según el principio de día por año, las 70 semanas deben entenderse como 490 años. Esta equivalencia se obtiene al multiplicar 70 semanas por los 7 días que tiene cada una de ellas. De hecho, la versión Torres Amat traduce este período de tiempo como “setenta semanas de años” (Daniel 9:24). En Daniel 9:25-27 encontramos que la profecía de las 70 semanas se divide en tres secciones: **(1)** 7 semanas (49 años), **(2)** 62 semanas (434 años) y **(3)** 1 semana (7 años).

¿Con que acontecimiento se inician las 70 semanas? Esta profecía de tiempo se inicia con la orden para reconstruir Jerusalén: “Sabe, pues, y entiende, que, desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas” (Daniel 9:25). La historia nos muestra que existieron tres decretos para que el pueblo judío llevase a cabo la reconstrucción de Jerusalén y el templo. ¿Cuáles fueron estos decretos? Esdras los menciona: “Y los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías hijo de Iddo. Edificaron, pues, y terminaron, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío, y de Artajerjes rey de Persia” (Esdras 6:14). Según Esdras, fueron emitidos tres decretos: **(1)** El decreto de Ciro (537 a.C.), el cual se refería al templo solamente; **(2)** El decreto de Darío Histaspes (519 a.C.), que daba continuación a la obra que había sido impedida por Esmerdis y **(3)** El decreto de Artajerjes, que contemplaba la restauración plena del gobierno judío. Debido a su envergadura, este último decreto es el que debe considerarse como el punto de partida de las 70 semanas y los 2300 días. La cronología bíblica ubica la publicación del decreto de Artajerjes en el séptimo año de su reinado (Esdras 7:7), es decir en el otoño del año 457 a.C. Si sumamos a este punto de origen 7 semanas o 49 años, llegaremos al otoño del 408 a.C: el año en que fue completada la reconstrucción del templo, edificando de esa manera “la plaza y el muro en tiempos angustiosos” (Daniel 9:25).

No pretendo ser exhaustivo en este comentario y explicar a detalle cada una de las secciones y eventos de la profecía de las 70 semanas [ver más información [aquí](#)]. Así, ahora que ya tenemos el punto de partida de las 70 semanas y los 2300 días, podemos determinar en qué año finaliza cada una de estas profecías de tiempo. ¿De qué manera lo hacemos? Es muy fácil: debemos sumar 490 años al 457 a.C. para llegar a la finalización de las 70 semanas en el año 34 d.C; y sumar 2300 años al 457 a.C para llegar a la purificación del santuario celestial en el año de 1844. Como dato adicional, en cada una de estas operaciones aritméticas debes tener en cuenta que no existe un año cero. A continuación comparto la siguiente cita inspirada que resume y proporciona más detalles sobre los eventos de la profecía de los 2300 años y las 70 semanas:

“Los 2300 días principiaron cuando entró en vigor el decreto de Artajerjes ordenando la restauración y edificación de Jerusalén, en el otoño del año 457 a. C. Tomando esto como punto de partida, había perfecta armonía en la aplicación de todos los acontecimientos predichos en la explicación de ese período hallada en Daniel 9:25-27. Sesenta y nueve semanas, o los 483 primeros años de los 2300 años, debían alcanzar hasta el Mesías, el Ungido; y el bautismo de Cristo y su unción por el Espíritu Santo en el año 27 de nuestra era cumplían exactamente la predicción. En medio de la septuagésima semana, el Mesías había de ser muerto. Tres años y medio después de su bautismo Cristo fue crucificado, en la primavera del año 31. Las setenta semanas, o 490 años, les tocaban especialmente a los judíos. Al fin del período, la nación selló su rechazamiento de Cristo con la persecución de sus discípulos, y los apóstoles se volvieron hacia los gentiles en el año 34 de nuestra era. Habiendo terminado entonces los 490 primeros años de los 2300, quedaban aún 1810 años. Contando desde el año 34, 1810 años llegan a 1844. ‘Entonces —había dicho el ángel— será purificado el santuario’” (*El conflicto de los siglos*, 406).

Al estudiar o exponer esta profecía generalmente nos enfocamos en las fechas, eventos y cálculos matemáticos, olvidando que las 70 semanas juntamente con los 2300 días constituyen una revelación maravillosa del amor de Cristo. Seguramente te estarás preguntando: ¿dónde aparece esa idea?, ¿qué referencias encontramos en estas profecías en relación con la gracia de Dios? Notemos a continuación algunas de ellas:

(1) El profeta nos dice que la segunda sección de la profecía de las 70 semanas finaliza con la venida del “Mesías Príncipe” (Daniel 9:25), quién apareció ante Israel como el ungido en ocasión de su bautismo en el año 27 d.C. Lucas describe lo que pasó en esa ocasión: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lucas 3:21-22). Elena de White afirma que “las palabras dichas a Jesús a orillas del Jordán... abarcan a toda la humanidad. Dios habló a Jesús como a nuestro representante” (*El Deseado de todas las gentes*, 87). ¡Qué maravilloso pensamiento! ¿No lo crees? El Padre aceptó a toda la humanidad en Cristo, “nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:6). Dios no dirigió su mirada al mundo con desprecio por la vileza y el pecado que esta albergaba, sino que la miro en Cristo, contemplando lo que esta podía llegar a ser por medio del poder de su amor; por esa razón nos “escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4).

(2) La profecía de las 70 semanas nos muestra que “a la mitad de la [última] semana” (Daniel 9:27) se “quitará la vida al Mesías, mas no por sí” (Daniel 9:26). El verbo traducido al español como “quitar”, es el verbo hebreo “karát”, el cual literalmente significa “cortar” o “rebanar”. Esto nos recuerda al incidente de Génesis 15, donde Abraham “partió por la mitad” (Génesis 15:10) los animales para que una “antorcha de fuego” (Génesis 15:17), símbolo de la presencia divina, pasará entre los cadáveres. ¿A quién representaban esos animales partidos por la mitad? La Biblia nos dice que Cristo fue “herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Isaías 53:5). De acuerdo a la profecía, esto ocurrió en el año 31 d.C. La muerte de aquel Cordero en esa cruenta cruz es la máxima expresión del amor ágape de Dios. Todo ser humano tiene vida a raíz del ese sacrificio: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Romanos 5:18). Elena de White afirmó que “a la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial” (*El Deseado de todas las gentes*, 615). Pero Cristo no solamente ha garantizado la vida física para la raza humana, convirtiéndose en el “fiador y sustituto del hombre a fin de que este, mediante su incomparable gracia, pudiera tener otra oportunidad - una segunda prueba” (*Fe y obras*, 19); sino que Cristo también ha revertido la condenación que derivaba del pecado de Adán, y en vez imputarnos ese pecado, Cristo “tomó nuestros pecados sobre sí mismo y nos imputó su propia justicia”

(*Fe y obras*, 70). Por esa razón, el mundo vive hoy. Es gracias a su amor inalterable, y “si no resistimos esta atracción, seremos conducidos al pie de la cruz arrepentidos por los pecados que crucificaron al Salvador” (*El Deseado de todas las gentes*, 147).

(3) En la última semana de la profecía, se nos dice que el Mesías “confirmará el pacto con muchos” (Daniel 9:27). La pregunta es: ¿qué pacto confirmaría? Dejemos que el mismo Cristo responda: “Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28). El pacto que Cristo confirmaría es el nuevo pacto o pacto eterno (Jeremías 31:31-33; 32:40). Nótese que Daniel 9:27 no dice que durante la última semana el Mesías *iniciaría* un pacto, sino que *confirmaría* el pacto. El verbo “confirmar” usado en este pasaje, en hebreo es “gabar”, el cual significa entre otras cosas: “crecer”, “engrandecer”, “fortalecer”. La etimología de este verbo echa por tierra la idea dispensacionista de los pactos que algunos adventistas erróneamente han abrazado, según la cual el nuevo pacto estuvo vigente hasta la muerte de Cristo. La inspiración nos dice que el nuevo pacto “fue hecho antes de la fundación del mundo. Ha existido desde toda la eternidad y se lo llama el pacto eterno. Tan cierto como que nunca hubo un momento en que Dios no existiese, así de seguro nunca hubo un momento en que manifestar su gracia a la humanidad no fuese la delicia de la mente eterna” (*Dios nos cuida*, 74). Si el pacto se hizo desde la eternidad, esto significa que el hombre no es una parte constituyente en ese pacto, ya que ningún ser humano existió desde antes de la fundación del mundo para pactar su salvación con Dios. La Biblia enseña que el pacto fue hecho entre la divinidad misma: “El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo” (Gálatas 3:17). Pero ¿de qué manera se hace extensivo este pacto hacia hombre? Según Gálatas 3:17, el pacto es sinónimo de promesa. Esto significa que el hombre participa de él al recibir y creer las promesas de salvación. Dios no quiere nuestras promesas y resoluciones de obediencia para hacernos partícipes de los beneficios del pacto, las cuales “son tan frágiles como telas de araña” (*Camino a Cristo*, 47). Lo que Dios quiere de nosotros es que creamos sus promesas y las abracemos por medio de la fe. Y precisamente una de esas promesas es que “la sangre del pacto eterno” nos hará “aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo” (Hebreos 13:20-21).

(4) Daniel 8:14 nos dice que, al cabo de los 2300 días, “el santuario será purificado”. ¿Qué buenas noticias encontramos en esta expresión? La mensajera del Señor pudo contemplar cómo el poder de la maravillosa gracia Dios está entretelado en la purificación del santuario. Escribió: “Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra... Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida” (*El conflicto de los siglos*, 421). La expresión “el santuario será purificado” testifica que nuestro sumo sacerdote tiene el poder de transformar por completo nuestras vidas: “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). En palabras del pastor A.T. Jones: “La purificación del santuario consiste precisamente en el borramiento de los pecados, en acabar la transgresión en nuestras vidas (Daniel 9:29), en poner fin a todo

pecado en nuestro carácter, en la venida de la justicia misma de Dios que es por la fe en Jesús.” (*El Camino consagrado*, 170).

Después de haber contemplado estos maravillosos fulgores de la gracia de Cristo en estas dos impresionantes profecías, creo que no hay duda alguna que el amor y la misericordia divina constituyen el corazón mismo de estas. Y es que, en cada página de la Biblia, en cada historia, en cada pasaje o en cada profecía siempre habremos de encontrar una manifestación del inalterable y asombroso amor de Dios por la raza humana. Por medio de su sacrificio en la cruz, Jesús nos dio vida, y puede liberarnos de la cautividad del pecado. Y a través de su intercesión en el santuario celestial, él puede limpiarnos de toda mancha para que “lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Nunca olvidemos estas dos verdades principales contenidas en las 70 semanas y los 2300 días. Cada vez que alcemos nuestra vista al cielo recordemos que Cristo es nuestro precioso Salvador y fiel Intercesor. Él “es un Salvador completo... capaz de salvar completamente a todos los que van a Dios por medio de él”; así que, “cuando descansamos individualmente en Cristo con plena certeza de fe, confiando sólo en la eficacia de su sangre para limpiarnos de todo pecado, tendremos paz al creer que Dios es capaz de hacer lo que ha prometido” (*3 Mensajes selectos*, 205).

Autor: Óscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=761908482043675&set=a.590705622497296>